

cincuenta guardias nacionales de Quimper, con algunos gendarmes y un cañón, caminando rápidamente á través de campiñas cuya topografía desconocían, partieron con dirección á Fouesmant. Los magistrados con la bandera roja, iban al frente. Recibenlos con una descarga mortífera que les hicieron á boca de jarro trescientos aldeanos, disolvieron aquella partida tomaron la aldea, se establecieron en ella y pasaron la noche en la iglesia, con sus muertos y heridos. Al otro día regresaron á Quimper, y toda la ciudad salió á recibirles.

Aquel vigor admiró á los sublevados y les hizo reflexionar. La ausencia de los nobles en todo esto indicaba bastante que las cosas no estaban en sazón. La Rouërie quería esperar; en Bretaña tenía razón. En París, sin embargo, los acontecimientos se precipitaban, parecía que tenían alas. Hiere el 10 de Agosto.

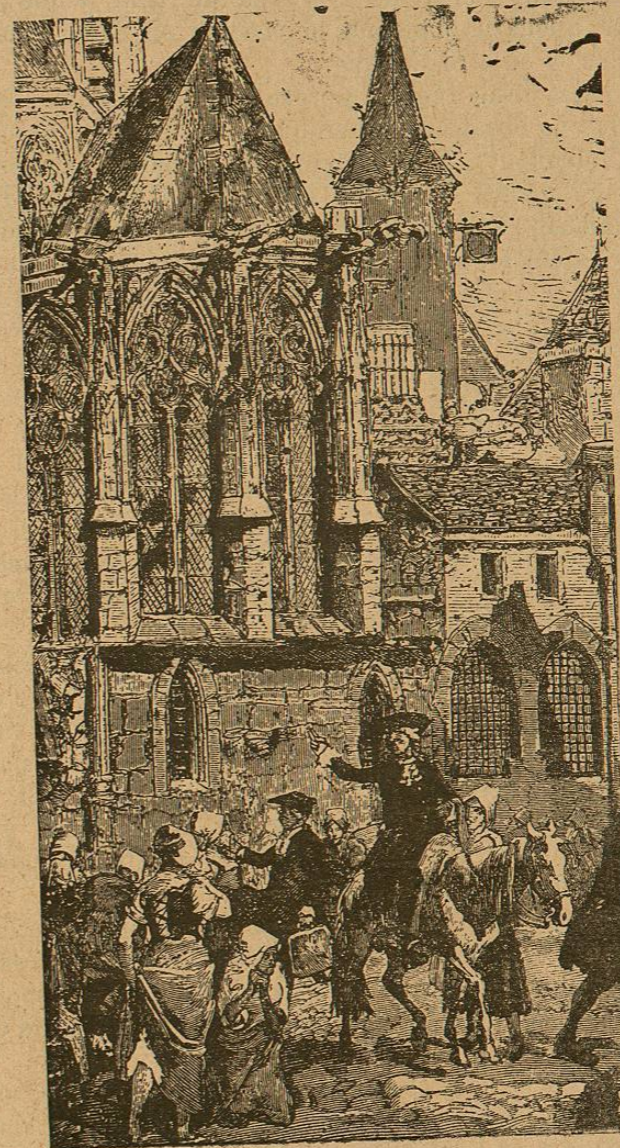
El contra golpe se dió, no en Bretaña, entregada á mil influencias contrarias, si no en un país donde menos se esperaba un pronto alzamiento. La Vendee se pronuncia.

Estalló con arranque una unanimidad notable, que contrastaba mucho con el de resistencia individual y solidaria de los bretones y de los chuanes. Cuarenta parroquias á la vez, ocho mil hombres del campo, en las cercanías del Chatillon, se armaron el mismo día (24 de Agosto). Allí, como en todas partes, los magistrados pérfidos de la Revolución fueron los que se sublevaron contra ella. Delouche, alcalde de Bressuire, fué el verdadero jefe del motín. Un comandante de la guardia nacional, un noble, se hizo secuestrar de su castillo, por los aldeanos, para ser su general. Cayeron sobre Chatillon, le devastaron y quemaron los documentos del distrito. De allí se dirigieron á atacar á Bressuire. Detenidos por una tormenta que les tuvo dispersos algun tiempo, perdieron el momento oportuno. El somatén revolucionario que contestó al somatén realista, reunió en una noche á los guardias nacionales de las cercanías. Hubo un entusiasmo extraordinario. Los de las ciudades lejanas, desde Angers á la Rochela, se pusieron en movimiento.

Los que primero llegaron, pocos en número, defendieron á Bressuire. Bajo los muros se dió un combate en que perecieron cien aldeanos. Fueron cogidos quinientos, y se dice que los vencedores que recorrieron las campiñas, tomaron duras represalias por los hombres que habían perdido. Lo que es cierto, es que, á pesar de ello, los prisioneros fueron tratados con humanidad. Se contentaron con llevarlo ante el tribunal criminal de Niort. Esta ciudad era un foco de ardiente patriotismo. El tribunal creyó que debía de ser indulgente con aquellos hombres extraviados y los puso en libertad, suponiendo magnánimamente, que solo los muertos habían sido culpables.

La Vendee permaneció muda ante este golpe. Pero por aquel siniestro suceso pudo adivinarse lo que fermentaba en su seno. Por el 92 se pudo preveer el 94. Era indudable que las ciudades pequeñas y

poco pobladas en aquel país, no podrían por mucha que fuera su energía, contener á los del campo, que estos lo dominarían todo, y que tar-



... arrodilladas las mujeres para recibir aun la bendición. . (Pág. 302)

de ó temprano la Vendee en masa se alzaría como un solo hombre, que marcharía unida con los curas á la cabeza, disciplinada de antemano, bajo las banderas de sus parroquias.

Pero no se podía prever que aquel grande y terrible esfuerzo (la Vendee era secundada por una parte de los tres departamentos vecinos) no sería sin embargo contagiosa para Francia, que quedaría pronto circunscrito, encerrado dentro de una zona limitada, y que muy pronto, cada vez más, quedaría planteada la cuestión en estos términos: de un lado la Vendee, y de otro Francia.

Lo que hacía desde luego improbable é imposible el triunfo de la Vendee, es que no obraba de acuerdo con la Bretaña. Estos dos países diferían profundamente. Y la Bretaña, por su parte, tampoco estaba de acuerdo consigo misma. Los curas estaban allí también divididos. El cura noble llamado exclusivamente el *Señor abate* despreciaba y tiranizaba al cura aldeano, al que hubiera influido sobre el pueblo. Entre los nobles había también poca concordia: ya hemos visto las diversas direcciones de Rouerie y Botherel. Por el contrario, los revolucionarios bretones encontraron, por lo menos los de Finisterre, un principio común en las hermosas leyes de Agosto del 92; estas leyes favorables al aldeano, le reconciliaron con la opinión de las ciudades, con la Revolución. Produjeron un efecto inmenso y quizás salvaron á la Francia afiliando á la Revolución la mitad de la Bretaña, la temible punta que forma la retaguardia del Oeste. La otra Bretaña, Anjou, el Maine y la Vendee, comprendieron en todos sus movimientos, que teniendo á París y la Revolución delante, tenían á su espalda Brest y Finistere, que eran también la Revolución.

La Vendee, á pesar de cuanto se ha dicho, era un hecho artificial (al menos en una gran parte), un hecho sabiamente preparado por un hábil trabajo. En aquel rincón de tierra, oscuro, retirado y sin caminos, había encontrado el cura un admirable elemento de resistencia, un pueblo naturalmente opuesto á toda influencia extraña. Allí, bien ayudado por las mujeres, había podido crear por largo tiempo, y á su gusto, una obra de arte extraña y singular: una revolución contra la Revolución, una república contra la República.

Pero este hecho muy artificial, se hallaba en oposición con el gran hecho natural, que ofrecía Francia en espectáculo, hecho necesario, derivado legítimamente del fondo de los siglos, que venía, invencible, como viene el Océano á su hora, y que como el Océano, podía absorberlo todo.

La Vendee, encerrada, cegada en su maleza salvaje, no veía de ningún modo lo que pasaba á su alrededor. Si lo hubiera visto, se habría descorazonado y no habría combatido. Hubiera sido preciso que la hubieran llevado á un sitio muy alto, á la cúspide de una montaña, y que allí, dando á su vista un alcance extraordinario, la hubieran hecho ver aquel espectáculo prodigioso. Se hubiera persignado, se había creído en el Juicio final, y hubiera dicho: Está de Dios.

El espectáculo que Francia habría ofrecido á sus ojos, era como un torbellino inmenso, una circulación rápida, violenta de los hombres y

de los bienes, de las cosas y de las personas. Las aduanas entre provincias, los impuestos en las puertas de las ciudades, los portazgos, los pontazgos, todas aquellas barreras del antiguo régimen habían desaparecido de repente. Las cercas se derribaban, los muros caían, los antiguos castillos se abrían. Las cosas, lo mismo que los hombres, habían encontrado nuevamente el movimiento. Una fórmula poderosa, que se oía por doquiera, las evocaba y parecía animarlas: *En nombre de la ley!* Despertados con estas palabras, los inmuebles adquirían alas. Dos mil millones de bienes del clero volaban, en hojas ligeras, en forma de asignados. Los dominios, divididos, cortados, se prestaban á las nuevas necesidades de un pueblo inmenso, inmensamente multiplicado. Por todas partes ventas y compras; se compraba fácilmente, el asignado se daba más pronto que se habría dado el dinero. En todas partes se celebraban matrimonios (fueron innumerables, por lo menos en los primeros años de la Revolución) y la nación constituía el dote. Daba bienes nacionales, con frecuencia por el producto del primer año; una casa se pagaba con solo el plomo de las canales, un bosque con el importe de la primera corta. Desaparecía aquel viejo bosque, y la llanusa inmediatamente sembrada, proporcionaba el trigo á la alegre nidada, nacida de la tierra y del sol de la Revolución.

Jamás movimiento tan grande se realizó con el alma más tranquila, con menos escrúpulo, con mayor tranquilidad de conciencia. Jamás la violencia y la fuerza estuvieron mejor apoyados en el derecho. La reclamación de la mujer no produjo ningún efecto en el hombre. A todas sus palabras no opuso más que dos. Palabras sin réplica, que en su concepto concluían la cuestión.

La primera le sirvió para los bienes eclesiásticos, bienes de preladados, de canonesas y de monjes. Esta palabra fué: *¡Holgazanes!*

La segunda le sirvió para las rentas y los derechos debidos á los señores, y más adelante para los bienes de los emigrados. Esta palabra fué: *¡Feudal!*

«Es bien feudal», y esta palabra poderosa tranquilizaba su conciencia.

Los bienes de la iglesia le parecían, no sin razón, inficionados de feudalismo. ¿Cómo juzgarlos de otro modo, cuando veía en el palacio del obispo, del abate, lo mismo que en los castillos laicos, el horno del señor, la prensa obligada, la grada para el juicio, la argolla señorial, la horca y todo el aparato de las antiguas justicias? Si no conservaban en especie los derechos feudales, los percibían en dinero.

Feudal, esta palabra estaba sin cesar en la boca y en la mente del aldeano. No comprendía ni su esencia ni su historia, pero sí el sentido y la inteligencia instintiva. Las veinte ó treinta generaciones que murieron en el trabajo, sin monumento, sin tradición, habían dejado, sin embargo, un mismo testamento á sus hijos, por testamento una palabra, que bien conservada debió ser para él una prenda infalible de re-

paración. El labrador libre de los tiempos antiguos, privado de libertad por la fuerza ó por la astucia, no teniendo ni bienes, ni título, habiendo perdido su tierra, su cuerpo, ¡ay! y su persona,—¿qué digo? el alma y el recuerdo,—vivía solo por una palabra...

Esta palabra, repetida en voz baja durante ochocientos años, para impedir la prescripción, esta palabra que el 89 explotó con más rapidez que el rayo, esta palabra que en francés significa violencia, tiranía, injusticia, es la palabra *Feudal*.

A todo lo que se le objetaba al aldeano, á todo aquel que le hubiera presentado títulos y actas, movía la cabeza y decía: *Feudal*.

La Constituyente, al reprimir los derechos feudales, se esforzó para establecer una distinción sutil. Hay dos feudalismos, decía al aldeano: el feudalismo *dominante*, impuesto por fuerza á vuestros antecesores, este le abolimos: pero hay también un feudalismo *contratante*, que resulta de una libre *inteligencia* entre el señor y el aldeano; no podéis sacudir el yugo de este feudalismo consentido más que indemnizando al señor.—El aldeano tiene la cabeza dura; se obstinó en no comprender, no dijo una palabra y continuó su camino. Un contrato firmado entre el fuerte y el débil, entre el que lo era todo y no era nada; una convención pactada libremente por un hombre no libre, por un hombre que ni aun era dueño de su cuerpo, que no era persona, que legalmente no existía, eran cosas buenas para litigar entre legistas, pero difíciles de sostener entre hombres de buen sentido. El castigo aplicado al sistema feudal y la expiación de su tiranía, fué que el día del juicio todo acto suyo pareció tiránico, y si alguna vez había respetado la libertad, pedido consentimiento, contratado libremente, no encontró nadie que lo creyera. A cualquier acto que alegase, libre ó no, se reían, decían: *Feudal*, y ya estaba todo dicho.

La Asamblea constituyente y sus legistas habían cortado con ligereza una cuestión muy grave de antigüedad y de derecho. Habían supuesto que el señor poseía originariamente toda la tierra, y que por tal servicio, por tal recompensa, se había dignado dar parte de sus tierras á este y al otro. Veían el origen de toda propiedad en las concesiones de los feudos. Negaban los orígenes de la propiedad, ignoraban la historia. ¿Quién no sabe que los hechos ocurrieron, con más frecuencia en sentido inverso? que por el contrario, fué el propietario libre, el débil, el pequeño y el pobre, el forzado por mil vejaciones, á *recomendarse*, como se decía á su poderoso vecino, á tomar á censo su propia tierra, á dar al señor la propiedad para conservar al menos el uso?

«Tu eres libre, buen hombre; la tierra y tu familia también, no te quitamos nada. Piensa sin embargo que la tierra libre, en medio de los feudos, tiene la propiedad singular de que ya no produce. No te quitamos nada. Solamente que tus vecinos, como buenos vecinos, visitarán esa tierra; los caballos y los perros del señor la correrán á su capricho; es el camino más corto para ir al bosque. Los pajes del señor son ale-

gres; pegarán fuego á las colas de tus vacas, sin malicia, para reirse nada más. Tomarán á tu hija de los campos, no para hacerla mal, solo para reirse; te la devolverán al día siguiente...» Cuando le había sucedido todo esto, cuando había sufrido los males del siervo, entonces aquel hombre libre iba libremente no sin lágrimas, y ponía sus manos en las del señor... «Monseñor, os doy mi fe, mi tierra, todo lo que yo tenía lo pierdo, os lo ofrezco, os lo doy. En adelante es vuestro, y yo lo recibiré de vos...» He aquí un contrato libre del buen tiempo feudal.

Lo horrible de este contrato es que aquella tierra así dada y ofrecida, lejos de aliviar la suerte del propietario, le esclavizaba haciendo que después de haber dado su tierra, se encontrara con que había dado *su cuerpo*, y el de los suyos. ¡Todos siervos!... Esto no es una metáfora, á pesar de cuanto se ha dicho. Lo vemos claramente hoy mismo en los países que aun hay esclavos: la mujer y la hija del esclavo pagan literalmente *con sus cuerpos*, si no al mismo señor de la propiedad al intendente, ó á los lacayos del señor, una serie interminable de vergüenzas.

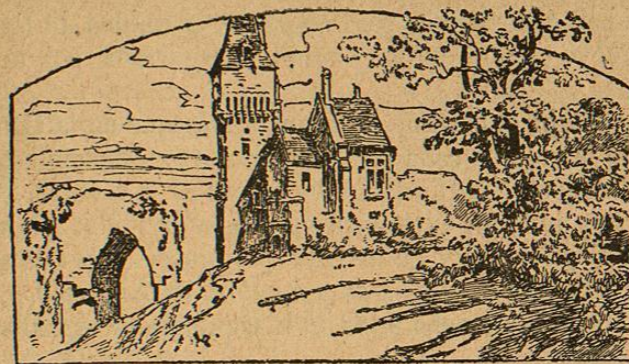
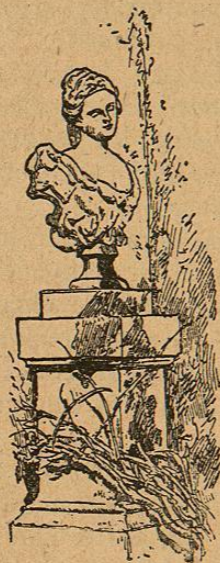
Al llegar aquí me detiene una cosa. ¿Cómo he de ser justo con la Revolución, cómo hacerla comprender, si antes no doy á conocer la Edad Media, aquel terror de mil años?... Y sin embargo no pudo. No se resume la Edad Media. Lo que hay de esencial es su terrible duración, y al abreviarlo no se dice nada de ella. Sería preciso poder reproducir, con su lentitud implacable, los mil años que pasó la humanidad bajo aquella lluvia de dolores que caía gota á gota, cada una de las cuales penetraba hasta los huesos.

Y aun cuando abreviara, para poder hacerlo, necesitaría un libro muy grande. ¿Cómo ponerle aquí, metiendo el grande dentro del pequeño? Este último no le contendría, reventaría, dislocado y roto.—Seré, pues, injusto; no diré lo que sería preciso saber; nuestros adversarios podrán decir á su sabor que la Revolución fué un accidente, un capricho, que fué la reparación de males imaginarios, de sufrimientos que no existían.

No habiendo explicado de qué modo, en la Edad Media, la esclavitud de la tierra esclavizó la persona, no podré hacer comprender cómo la liberación de la persona, con la Revolución, produjo la liberación de la tierra. Porque fué liberada el 89, también ella, que conste. Salió de las manos del señor, del que se llamaba el *hombre de espada*, el hijo de la conquista, del que veía en la tierra un despojo, una cosa para usar y abusar. Pasó á las manos del *hombre de la tierra*, del que no sabe nada de su persona si no que ha nacido de aquello, que estuvo siempre *ligado á la tierra*;—y tan bien ligado, en verdad, con tal encarnizamiento, que la ama más que á su familia; que está casado con ella (tres veces más que con su mujer); y si lo dudáis, cavando la tierra encontraréis en el fondo el corazón del aldeano.

Este matrimonio de la tierra y el hombre que la cultivaba fué el capital de la Revolución. Las historias, diarios y memorias no dicen casi nada de ello. Y este hecho era el todo.

Danton lo dijo, pero tímidamente: «*Antes había tocado la tierra,*» y sacaba fuerzas de ella.—*Tocar*, es decir muy poco. Había entrado en ella con alma y corazón, y eran una misma persona. La identidad del hombre y la tierra, aquel misterio terrible, al realizarse en Francia, hacía de esta tierra una tierra sagrada, inacabable; el que la violase estaba seguro de morir. La cuestión de la guerra estaba resuelta de antemano. La Francia era demasiado fuerte para el mundo.



CAPITULO XIX

**La Convención.—La Gironda y la Montaña (Septiembre-
Octubre del 92).**

Divisiones de la Comuna.—Constituyen el mayor peligro para Francia.—Acusaciones mutuas de los dos partidos, igualmente injustas.—Desconfianzas mutuas de París y los departamentos.—Apertura de la Convención 21 Septiembre del 92.—La Convención, en general, apoya desde luego á la derecha (Septiembre y Octubre del 92).—Danton y Robespierre quieren tranquilizar á la Convención (21 de Septiembre del 92).—Danton pide que se garantice la propiedad.—Abolición de la monarquía.—Primera oposición de Danton y de la Gironda sobre la capacidad del pueblo (22 de Septiembre del 92).—Acusaciones mutuas de desorganización y desmembramiento (23 de Septiembre).—Apología de Danton: sus consejos pacíficos (25 de Septiembre del 92).—Apología de Robespierre.—Apología de Marat.—Apología de la Comuna, que desautoriza á los hombres de Septiembre.

Era Francia demasiado fuerte para el mundo. Pero si se hacía la guerra á sí misma ¿lo sería igualmente? He aquí la cuestión.

Ciertamente que la nación que improvisaba un millón de propietarios; armaba tres millones de guardias nacionales, que combatía con un capital de diez mil millones podía burlarse de Europa.

El peligro capital no estaba en la invasión; no estaba en el rey, al menos por el momento.

Este se había declarado y reconocido embustero y degradado de su carácter sagrado por la declaración de Varennes: «Uu rey no miente nunca.»

Francia en el 92 le creía traidor y cómplice de la invasión. En su mayoría Francia era si no republicana, antirealista por la cólera y la indignación. Desprestigiado y deshonorado el rey, estaba caído en el lodo para siempre si la misma Revolución no le elevaba por medio del patíbulo.

Si en Francia había algún peligro real, este era el cisma. Cisma religioso en el Oeste que armaba el pueblo contra el pueblo. Cisma político en el seno de la Convención entre republicanos y republicanos.